

Viernes 29 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano n. 27 en si bemol mayor, K 595

András Schiff, piano

Sándor Vegh – Camerata Academica Salzburg,

Decca

INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

No creo que nadie sienta, al comienzo de nuestro gesto de los Ejercicios, una urgencia mayor que la de pedir, suplicar poder estar disponibles a la conversión. Cada uno de nosotros sabe perfectamente cuánto se resiste a esta conversión, cuántas veces nuestro corazón está endurecido, lo poco disponibles que estamos en el fondo para dejarnos atraer por Él. Cuanto más conscientes seamos de esto, de esta guerra en la que estamos enzarzados y de cuál es nuestra fragilidad y nuestra debilidad, tanto más sentiremos la urgencia de pedir al Espíritu que sea Él el que lave lo que está sucio en nosotros, el que riegue lo que está seco, el que sane lo que está herido.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno de los que estáis aquí presentes, y a todos los amigos que están conectados con nosotros desde distintos países, así como a todos aquellos que harán los Ejercicios en diferido en las próximas semanas.

Comienzo leyendo el telegrama enviado por Su Santidad:

«Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema “Si uno está en Cristo, es una criatura nueva”, Sumo Pontífice dirige a los participantes afectuoso pensamiento y mientras desea propicio encuentro suscite renovado ardor misionero al servicio Evangelio, invoca copiosa efusión dones celestes y envía a Usted y a todos los asistentes implorada bendición apostólica. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Por tanto, si uno está en Cristo es una criatura nueva»¹, porque Cristo es algo que me está sucediendo. Tratemos de identificarnos con los discípulos después de la Pascua. ¿Qué prevalecía en sus corazones, en sus ojos, en la conciencia que tenían de sí mismos, sino Su presencia viva? Para ellos era tan evidente que no podían arrancársela, era una Presencia que vencía cualquier duda, cualquier sombra: se imponía. Cristo era algo que estaba sucediendo en ellos. No era una doctrina, un elenco de cosas a hacer, un sentimiento. Era una presencia externa, distinta, es verdad, pero que abrazaba su vida. La resurrección de Cristo, Su presencia viva, introducía una novedad que hacía que la vida fuese finalmente vida, llenándola de una intensidad que no podían generar por ellos mismos. Era tan evidente, que la llamaron «vida nueva»². Y, ¿quién la vivía? Una criatura nueva. La vida nueva –podemos decir simplemente: la vida en su sentido más pleno, que se desvela por primera vez con toda su intensidad– definía de tal modo sus personas que los cristianos eran llamados los «vivientes»³. ¡Imaginad qué tipo de experiencia vivían y qué tipo de experiencia contemplaba los otros para llegar a

¹ *Cor 5,17.*

² *Rm 6,4.*

³ *Rm 6,11.*

definirles como los vivientes! Esto es lo que Cristo ha introducido para siempre en la realidad: una posibilidad de vivir la vida a un nivel absolutamente desconocido para nosotros antes, un “plus”, y san Pablo no encuentra otro modo mejor de expresar este hecho que la frase que hemos elegido como título de nuestros Ejercicios.

Esta es la novedad que introduce la resurrección de Cristo. No es una vuelta a la vieja vida precedente; es una vida que implica un salto, un incremento de vida desconocido previamente. Es tan real, pero al mismo tiempo tan más allá de cualquier imaginación, que lo único que se puede hacer es dar testimonio de ella en la acción, comunicarla a través de la luminosidad del rostro, a través de la intensidad de la mirada, de la relación con la realidad, de la forma de tratar todo. No es algo que se había aprendido con anterioridad y que después se trataba de aplicar: no se conocía antes, y por eso habría sido imposible tratar de aplicar algo que no se sabía. Era una sorpresa, se empezó a saber porque Cristo lo hacía suceder: era el Acontecimiento lo que permitía conocer la novedad. «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»⁴. Él generaba esta sorpresa constantemente: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»⁵. Se trataba de algo –Cristo, Cristo resucitado– que estaba sucediendo en ellos, ¡hasta el punto de hacer arder su corazón!

Afirma don Giussani: «Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas. La Resurrección es la clave de una nueva relación conmigo mismo, entre yo y los hombres, entre yo y las cosas. Y, sin embargo, es la realidad de la que más rehuimos. La Resurrección es la cumbre del desafío que el Misterio hace a nuestra medida. Por ello la dejamos de lado –si queréis, respetuosamente–, dejamos que siga siendo una palabra árida, percibida de manera intelectual, contemplada como una idea»⁶. ¿Hay alguien entre nosotros que no desee una intensidad de vida como ésta? Pero si comparamos lo que vivieron los discípulos aquella semana de Pascua con lo que hemos vivido nosotros, todos reconoceremos la lejanía, la distancia abismal que nos separa de la experiencia que hicieron ellos. Esto vale también por lo que respecta a la participación en la Liturgia: para ellos fue el momento en que Le reconocieron (se abren sus ojos y Le reconocen), mientras que para nosotros muchas veces se queda reducida a un rito. Pero esta lejanía que vemos en nosotros –este dolor que se impone– fue vencida en los apóstoles: ésta es la esperanza para cada uno de nosotros. Lo que nosotros esperamos ya es un hecho en ellos, ya ha sucedido en la historia. Esta novedad ya ha sido una experiencia en el hombre, en ciertos hombres, y puede llegar a ser también la nuestra si estamos dispuestos a dejarnos generar a través de la modalidad que nos ha aferrado: el carisma. Para que esto suceda, debemos estar disponibles para seguir el camino trazado por don Giussani. Para que el cristianismo llegue ser tan “nuestro” que sea capaz de superar la distancia que nos separa de la experiencia de los apóstoles, para que la vida se llene de esa novedad que vence cualquier aridez, es necesario continuar el recorrido que estamos haciendo, cuyas razones expusimos el pasado 26 de enero en la presentación de *El sentido religioso*.

Es muy indicativa del problema en el que nos hallamos inmersos la pregunta que se está suscitando últimamente de distintas formas, y que se agudiza en el trabajo de la Escuela de comunidad: ¿Por qué insistimos en que Cristo ha venido a despertar nuestro “yo” y a educarnos en el sentido religioso? ¿Por qué esa insistencia en que la naturaleza de la

⁴ Lc 24,30-31.

⁵ Lc 24,32.

⁶ L. Giussani, “Cristo resucitado, la derrota de la nada”, en *Huellas* n. 4, abril 2006, p. 2.

experiencia cristiana se ve en que es capaz de suscitar el sentido del misterio del “yo”, de suscitar la pregunta humana? ¿No habría sido más fácil hablar de Cristo sin este empecinamiento en el despertar del “yo”, sin la insistencia en aquello que hemos descubierto en nosotros? Muchas veces me repetís: «Pero, ¿a dónde nos quieres llevar? ¿No es una complicación el camino que don Giussani nos invita a hacer?».

Me parece estar escuchando hoy la misma objeción que don Giussani escuchaba a un alumno suyo. Lo cuenta él mismo: «Ahora la gente ya no percibe en qué consiste la correspondencia entre la propuesta cristiana en su originalidad, entre el acontecimiento cristiano y la vida de todos los días. Y cuando yo me esfuerzo, cuando vosotros os esforzáis por hacerla comprender: “¡Pero qué complicado eres, qué complicado eres!”». Cuando daba clase en el Liceo, y enseñaba a mis alumnos lo que estudiáis en la Escuela de comunidad, tenía en clase al hijo de Manzù, que conocía a un cura con el que hablaba asiduamente. Este cura le instigaba contra lo que leía en mis apuntes y le decía: “¿Lo ves? Esto complica, mientras que la religión es sencilla”. Que es como decir “las razones complican” –¡cuántos estarían de acuerdo!–, “la búsqueda de las razones complica”. ¡Sin embargo, lo que hace es iluminar! Debido a este planteamiento, Cristo ya no es autoridad, sino un objeto sentimental, y Dios es un espantapájaros y no un amigo»⁷.

Don Giussani sabía muy bien a dónde llevaba esa forma de vivir la fe aparentemente menos complicada: «En una situación óptima en apariencia para la transmisión del contenido teórico y ético católico –parroquias eficientes con oferta de cursos de catecismo “para todas las edades”; clases de religión obligatorias en todas las etapas escolares hasta la enseñanza media superior; tradición bien salvaguardada, al menos formalmente, en los criterios que transmitía la familia; cierto pudor del que todavía no se renegaba ante la crítica indiscriminada o la información irreligiosa; buen porcentaje de asistencia a la misa dominical y festiva [ahora, sesenta años después, todo está redimensionado]–, el primer contacto con los jóvenes estudiantes de bachillerato ponía de relieve tres factores que impresionaban al observador atento. Ante todo, la falta de motivación última de la fe. [...] En segundo lugar, la falta de incidencia de la fe sobre el comportamiento social en general, y en el ámbito escolar en particular, que se da por descontada. Y finalmente, un clima decididamente generador de escepticismo»⁸.

Por eso tiene razón Heschel, un pensador judío: «Es habitual inculpar a la ciencia secular y a la filosofía antirreligiosa del eclipse de la religión en la sociedad moderna, pero sería más honesto inculpar a la religión de sus propias derrotas. La religión ha decaído no porque haya sido confutada, sino porque se ha convertido en algo irrelevante, monótono, opresivo e insípido»⁹. Esta irrelevancia, esta insipidez de la fe puede verificarse también en una situación como la que ha escrito antes don Giussani, en la que la religiosidad era omnipresente, o como aquella que imaginaba Nietzsche, en donde la religión estaba extendida, pero era incapaz de despertar a la persona.

«Nietzsche nos advirtió hace tiempo de que *la muerte de Dios* era perfectamente compatible con una “*religiosidad burguesa*” [...]. Él no pensó en absoluto que la religión estuviese acabada. Lo que ponía en discusión era la capacidad de la religión de mover a la persona y de abrir su mente [...]. La religión se ha convertido en un producto de consumo, en una forma de entretenimiento entre otras, en una fuente de consuelo para los débiles [...] o un dispensador de servicios emotivos, destinado a apagar algunas

⁷ L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), BUR, Milano 1997, pp. 40-41.

⁸ L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 39-40.

⁹ A.J. Heschel, *Crescere in saggezza*, Gribaudi, Milano 2001, p. 157.

necesidades irracionales que ella es capaz de satisfacer mejor que cualquier otra cosa. Aunque pueda parecer unilateral, el diagnóstico de Nietzsche ha dado en la diana»¹⁰. Un cristianismo que no es capaz de mover a la persona, de suscitar lo humano, ha llevado a un desinterés hacia el cristianismo mismo, convirtiéndolo en algo irrelevante. En muchos casos no se trata de una rebelión contra la propuesta cristiana; en la mayoría de los casos el cristianismo ha perdido simplemente el interés, se ha vuelto irrelevante. Esto indica que el despertar del “yo”, que el sentido religioso, no es algo útil únicamente antes de la fe, sino que resulta decisivo en cualquier momento: es su auténtica verificación. ¿Acaso pensamos que podemos actuar de forma distinta a los demás sin hacer esta verificación, o tal vez acabaremos como todos? ¿No terminaremos también nosotros perdiendo el interés por la propuesta cristiana si no hacemos el camino que nos propone don Giussani?

Por eso, amigos, el mismo don Giussani expresa en una frase sintética el reto que tenemos ante nosotros: «Me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»¹¹. Esta es la cuestión decisiva: la necesidad de precisar una experiencia que pueda resistir. Por eso, en la frase que acabo de citar, don Giussani nos ofrece una triple clave para comprender si estamos haciendo el camino apropiado: que la fe sea una experiencia presente (no el relato de hechos al que luego cada uno añade algo), una experiencia juzgada, no una repetición de fórmulas, frases o comentarios; que la fe encuentre la confirmación de su utilidad para la vida en la experiencia presente, en la experiencia misma (si no es así, siempre necesitaremos un suplemento de certeza “que venga de fuera”); que la fe sea capaz de resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario.

Sólo si somos conscientes de la lucha en la que estamos inmersos, podremos tomarnos en serio el trabajo que estamos haciendo, y comprender las razones por las que Giussani ha hecho lo que ha hecho. Aquí radica la razonabilidad de la fe: en su capacidad de exaltar lo humano para poder percibir la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. ¡El cristianismo y el hombre comparten la misma suerte!

Esta experiencia presente de la fe es decisiva para que la novedad que se ha introducido en la historia y en nuestra vida a través del Bautismo pueda perdurar, pueda resistir en nosotros como conciencia, como nos recordaba el Papa recientemente en la Misa crismal: «San Pedro, en su gran catequesis bautismal, ha aplicado dicho privilegio y cometido de Israel a toda la comunidad de los bautizados, proclamando: “Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes erais *no-pueblo*, ahora *sois pueblo de Dios*” (1 P 2,9-10). El Bautismo y la Confirmación constituyen el ingreso en el Pueblo de Dios, que abraza todo el mundo; la unción en el Bautismo y en la Confirmación es una unción que introduce en ese ministerio sacerdotal para la humanidad. Los cristianos son un pueblo sacerdotal para el mundo. Deberían hacer visible en el mundo al Dios vivo, testimoniarlo y llevarle a Él. Cuando hablamos de nuestra tarea común, como bautizados, no hay razón para alardear. Eso es más bien una cuestión que nos alegra y, al mismo tiempo, nos inquieta: ¿Somos verdaderamente el santuario de Dios en el mundo y para el mundo? ¿Abrimos a los hombres el acceso a Dios o, por el contrario, se

¹⁰ E.L. Fortin, *The Regime of Separatism: Theoretical Considerations on the Separation of Church and State*, en Id., *Human Rights, Virtue, and the Common Good*, U.S.A., 1996, p. 8.

¹¹ L. Giussani, *Educar es un riesgo*, op. cit., p. 19.

lo escondemos? Nosotros –el Pueblo de Dios– ¿acaso no nos hemos convertido en un pueblo de incredulidad y de lejanía de Dios? ¿No es verdad que el Occidente, que los países centrales del cristianismo están cansados de su fe y, aburridos de su propia historia y cultura, ya no quieren conocer la fe en Jesucristo? Tenemos motivos para gritar en esta hora a Dios: “¡No permitas que nos convirtamos en *no-pueblo*. Haz que te reconozcamos de nuevo! Sí, nos has ungido con tu amor, has infundido tu Espíritu Santo sobre nosotros. Haz que la fuerza de tu Espíritu se haga nuevamente eficaz en nosotros, para que demos testimonio de tu mensaje con alegría. No obstante toda la vergüenza por nuestros errores, no debemos olvidar que también hoy existen ejemplos luminosos de fe; que también hoy hay personas que, mediante su fe y su amor, dan esperanza al mundo. Cuando sea beatificado, el próximo uno de mayo, el Papa Juan Pablo II, pensaremos en él llenos de gratitud como un gran testigo de Dios y de Jesucristo en nuestro tiempo, como un hombre lleno del Espíritu Santo»¹².

El beato Juan Pablo II es un testigo de excepción para afrontar estos días, pues en él resulta evidente que es posible vivir hoy como cristianos. Tenemos razones evidentes para sentir especialmente cercano el evento de la beatificación de su persona, por la historia que nos ha unido a él, porque podemos responder a lo que él mismo nos había recomendado: «Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia, se convierte en un instrumento privilegiado para una adhesión personal y siempre nueva al misterio de Cristo. No permitáis jamás que en vuestra participación anide la carcoma de la costumbre, de la “rutina”, de la vejez. Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esta única potestad que es Cristo Señor»¹³. ¿Cómo no sentir especialmente vivo este reclamo suyo en un momento como el actual, que coincide con su beatificación? ¿Hay alguno entre nosotros que no sienta estas palabras como una llamada particularmente intensa a la conversión? Sólo podremos responder adecuadamente a este cargo si seguimos el carisma que nos ha fascinado, como trataremos de hacer durante estos Ejercicios.

Pidamos a Juan Pablo II y a don Giussani, al comienzo de este gesto, que nos hagan estar disponibles a la gracia de Cristo, que no deja de salir a nuestro encuentro, para que podamos llegar a ser testigos al igual que ellos.

Un gesto de estas dimensiones es imposible sin la contribución y el sacrificio de cada uno de nosotros en la atención a los avisos, al silencio, a las indicaciones. Cada una de estas cosas es la forma inmediata de nuestra petición a Cristo, para que tenga piedad de nuestra nada, para que no nos convirtamos en un no-pueblo. Porque en esto consiste la lucha, amigos; no se trata de poner las cosas en su sitio, porque el riesgo que corremos es perder el interés, convertirnos en no-pueblo, como muchos a nuestro alrededor. Y todos sabemos que necesitamos el silencio, un silencio que nos permita dejar penetrar hasta la médula todo lo que se nos diga, un silencio que se convierta en grito, en petición a Cristo para que tenga piedad de nosotros, de nuestra nada.

¹² Benedicto XVI, *Santa Misa Crismal*, 21 de abril de 2011.

¹³ Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes participantes en la experiencia del movimiento «Comunión y Liberación»*, 12 de septiembre de 1985.